

son de tus panderos. Tú eres para ellos—¡pobres seres que todavía conversan con el cielo!—el sueño de muchas noches y la esperanza de los largos días. El niño Noël desciende por las veredas azules del espacio, cortando esas margaritas de oro refulgente que nosotros llamamos estrellas. Viene poco á poco, cargando la pesada maleta donde trae los juguetes y los regalos infantiles, el pastel sabroso y la muñeca de lustrosa porcelana. El pobre niño tiene frío: ha dejado la ardiente zona en donde el sol destrenza su coruscante cabellera y entra en la helada atmósfera en donde boga, como el cadáver de la exangüe Ofelia, ese astro muerto que se llama luna. Abotona bien su capotillo de pieles y ajusta á su pequeño pie los grandes suecos. Los hilos de la escarcha caen del cielo y prenden en el capotillo del rapaz sus delgadas cabezas de alfileres. Ya viene el niño Noël, ya está muy cerca. El árbol de Navidad espera su llegada para encender las luces de la esperma. Bebé coloca en la chimenea sus botincitos y se duerme.

Cuando la luz penetra por las rendijas de la puerta, salta Bebé de su camita y corre á ver lo que Noël dejó en su diminutas botas. Pero ¡ay! el raso turco no guarda ahora más que un billete perfumado. Dice así:

“Bebé:

Has sido muy travieso, y muy desaplicado; no me esperes.”

Los ojos de Bebé se llenan de lágrimas—¡dos violetas cuajadas de rocío!—Toma el billete, y mirando á la aya con tristeza, dice en voz muy baja:

—No es absolutamente necesario que enseñes esta carta á mi mamá.

## CRÓNICAS COLOR DE ROSA.

Febrero 5 de 1882.

.....Gaiffer! No creuse point plus bas, tu trouverais l'enfer.—*Victor Hugo.*

No, yo no haré esta vez mi crónica color de rosa. He perdido mi capital de buen humor, y estoy enfermo. Voy á escribir la crónica color de sombra; negra como los ojos que yo adoro y como las trenzas de Graziella.

La música es una amante dócil y obediente que se somete á todos los caprichos, como la odalisca que para complacer á su señor le ciñe el cuello con el collar divino de sus brazos, ó guarda su reposo en actitud discreta, refrescando la atmósfera con su abanico. Llega á nosotros de puntillas, para no despertarnos si dormimos; toca á nuestra puerta y nos pregunta:—“¿qué sentimientos quieres que despierte en tí?” Por eso ayer reímos con la misma armonía con que hoy lloramos. La música no se impone, no domina: es el lenguaje que se acomoda á todas las pasiones; la lengua del león, que á fuerza de acariciar lamiendo el pie de su señor, hace una llaga. En una misma nota, piensa Fausto, solloza Margarita y ríe Mephisto.

Si hubiera estado alegre, habría reído como un loco, ante las cabriolas salvajes de Boulotte y los furoros cómicos de Barba Azul. Pero estaba triste, profundamente triste, y mientras brotaban, alharquientas, de la orquesta, las canciones báquicas y las canciones offebáquicas, yo pensaba, no en los grotescos personajes que veía en el escenario, sino en la triste, en la vaga, en la romántica leyenda de Barba Azul.

Barba Azul es uno de los personajes con quienes trabamos amistad desde niños. Su figura torva y pavorosa, está en el primer libro que leemos. Viene á nosotros con las heroínas y los héroes de esas leyendas sobrenaturales que se refieren á los niños por la noche, para

que la audición de lo maravilloso los consuele de haber venido al mundo. Viene con Aladino, el mozo apuesto cuya lámpara maravillosa se asemeja á la antorcha de la fe; con Alí-Baba, el arquetipo de los bandoleros; con esa pobre, esa humildé, esa infeliz caperucita roja, á quien el ogro aprieta entre sus brazos musculosos; con todos los dioses y semidioses de ese olimpo que se extiende entre la selva donde Macbeth vió á las brujas, y las brumas opalinas del Brocken. Barba Azul, como Judas, recibe las primicias de nuestro odio.

Los niños de hoy leen poco esas leyendas. Los cuentos de hadas se han modificado como las magias. La vara de marfil se ha convertido en una caña imantada, y Morgana, el hada extraordinaria, ha aprendido matemáticas. Los niños de hoy que reciben una educación más acertada, leen la historia de Robinsón, ese poema de la voluntad, y recorren los países inexplorados con los héroes de Julio Verne. Ya no viajan por el país azul de los sueños; su caballo no tiene alas; está movido por vapor.

Yo, sin embargo, pienso con delicia en esos cuentos que escuché de niño, y cuyo simbolismo comprendí más tarde. La leyenda es la forma popular del pensamiento en la Edad Media. Esos sencillos cuentos que entretenían nuestros ocios, de niños, entretuvieron y consolaron á todo un pueblo. El vasallo, el siervo y el esclavo se consolaban de las congojas y asperezas de la realidad con el dorado mundo de los sueños. Vivía durmiendo. Todos le rechazaban; él encorvado sobre la gleba, sufría solo, y cuando sonaba la última hora del trabajo, iba á cerrar los ojos á su choza, para no ver los seres y las cosas, y viajar por el mundo de las quimeras y de las idealidades. Así nació la mística leyenda de oro. Los pobres, los humildes, los menesterosos, se consolaban con la contemplación de esos santos que llegaron al cielo con las plantas desangradas, miserables y desnudos. La Iglesia los alentaba y les decía: «el camino del cielo es un camino de dolores.» Esa esperanza inmensa fué como el alimento de su alma. El ala del sueño los llevaba á Dios. La leyenda les daba á comer su cuerpo y á beber su sangre.

Los cuentos de hadas nacen, cuando hombres y mujeres dejan el comutismo grosero de la villa y empieza á determinarse la santa idea de la familia. La villa era como el *ergastulum* de los antiguos: una mezcla promiscua de hombres y mujeres. Su moral era idéntica á la moral de los patriarcas, que creían cometer pecado uniéndose en matrimonio con una extranjera, y no permitían más que el consorcio entre parientes. Los *Penitenciarios* de aquel tiempo, en los que se refieren por menor los pecados vulgares, conservan el recuerdo de estas épocas. La idea de la familia no nació hasta que el hombre, como el ave, pudo hacer un nido. Entonces murió la hembra y apareció radiante la mujer.

Ya está sola; ya tiene una cabaña hecha de tablones mal unidos, por cuyas rendijas se cuele silvando el viento de invierno; ya tiene hogar, ya tiene un banco, un lecho y un cofre.

Trois pas du coté du banc,  
Trois pas du coté du lit,  
Trois pas du coté du coffre,  
Et trois pas Revenez ici. (1)

En ese hogar naciente y miserable, nace la leyenda. En los rincones, está el duende familiar. Encima de la cama revolotean las hadas por la noche. El esclavo que vive en la indigencia, busca con la imaginación un mundo de servidores obedientes. Las hadas eran trabajadoras; todavía se dice: *cose como una hada*. Mientras la mujer hila en su tosco huso, los duendes y las hadas vuelan en su torno. ¿Quiénes eran las hadas? Unas reinas de Galia, que no quisieron reconocer á Jesucristo, y que están condenadas á vivir mientras el mundo exista. ¡Triste pena! Antes eran enormes; hoy son diminutas, como la reina Mab, cuya carroza regia está hecha en una cáscara de nuez. Las *howriggwans*—hadas enanas—son las reinas de ese brumoso mundo sobrenatural.

Seguid la filiación de esos maravillosos cuentos de hadas. Cada uno nace de un dolor y de una lágrima. El dolor ha creado el arte en todas sus manifestaciones y sus formas. Seguid el curso de los ríos, y llegaréis al Océano. Seguid la historia de la leyenda, y llegaréis al corazón del pueblo. Ese ogro que devora á los pequeños, no es más que el símbolo popular de las terribles Hambres que asolaron, como un viento de muerte, en la Edad Media. Esos diamantes que adornan como estalactitas la corona de Aladino, son las cristalizadas lágrimas del pueblo. Sueña el ciego que ve y el pobre que posee. Ansia de amor sobrecoge sus almas, y crean ese admirable cuento de la *Hermosa durmiente* que les aguarda en el silencio de los bosques. Miran en torno suyo y ven á la mujer afeada por el trabajo y la miseria; entonces, para redimirla, para purificarla, inventan esa fábula doliente de una hermosa oculta bajo la forma de una bestia. Todos persiguen con la vista las curvas que dibuja en el espacio, el *Pájaro azul*, esto es, el ideal. Todos repiten como un coro aquella exclamación de Rückert: alas! alas! Allí está el ahogado dolor de la aldeana, á quien dice el corazón: debes ser bella para agradar á tu señor; y á quien responde el ondulante espejo del arroyo: tú eres fea! Ahí está la congoja del vasallo que riega de sudores y llanto el terruño, pero que tiene un alma, ¡alma que sueña con las erguidas castellanas de vistosos trajes, que atraviesan en su caballo blanco la llanura!

(1) *El maestro de baile*.—(Canción del Siglo XII).

Es el antiguo idilio del Oriente; la rosa que se enamora del ruiseñor; la cosa inmóvil enamorada de la cosa alada. Pero aquí la rosa no tiene espléndido matiz: está desnuda de hojas, y el ruiseñor es un ave cobarde de rapaña. Ahí está escrita la eterna aspiración al ideal. La imaginación, macerada por el ayuno, es la que crea mejor palacios fabulosos.

Los hambrientos son los autores del mundo sobrenatural. Toda esa riqueza, todas esas pedrerías que abundan en las leyendas y en los cuentos, fueron creadas por un pueblo que carecía de pan y carecía de amor: forman la historia de su aspiración. Por eso vemos cómo en la leyenda, la esclava ama tanto que llega á ser amada; y el Monstruo se enamora de tal suerte, que se vuelve hermoso.

Esas leyendas marcan también las injusticias y las ignominias. La compasión popular desciende como un rocío sobre el dolor. Ahí está la madrastra que golpea á la niña Cenicienta, y la garrida castellana presa en las redes del feroz Barón. Todo lo que sufre y todo lo que llora tiene cabida en esas narraciones. Los animales, en los cuentos de hadas, tiene alma también como nosotros. Leed el cuento de «Piel de Asno.» Creeríase escrito por Michelet. La redención sublime del amor alcanza á todos. La leyenda es la historia de la Edad Media contada por la mujer.

\* \* \*

La historia de Barba Azul es una de las formas del matrimonio en la Edad Media: el matrimonio del señor feudal con la vasalla. La antigüedad de esta leyenda se remonta al siglo XIV. En los siglos anteriores, la vasalla no tenía entrada á la alcoba de su señor por la puerta del matrimonio. La mujer de la nobleza era la digna hembra del señor feudal. Tenía su corte de amantes, como Leonor de Guyenna, y usaba en su tocado dos cuernos. Las hijas de Felipe el Hermoso son las personificaciones del carácter de la mujer en aquel tiempo. Isabel hace que sus amantes asesinen al marido. Pero, al lado de estas euménides de la concupiscencia, aparece la plebeya que puede convertirse ya en señora del Barón. Dos leyendas ponen de relieve la resignación de la mujer y la crueldad del marido en estos matrimonios: *Grisélides y Barba Azul*. Las mujeres de la nobleza decían: "El amor entre marido y mujer es imposible." Grisélides, á todos los insultos y á todos los ultrajes contestaba: ¡te amo! Era el alma nueva que iba á purificar el mundo antiguo.

Barba Azul es el señor feudal, que pisotea todas las leyes y que piensa defenderse de Dios con sus mesnadas.

Las mujeres que mata no pueden ser iguales suyas; son invaria-

blemente sus vasallas. Si fueran sus iguales, cada asesinato traería una venganza, y Barba Azul queda constantemente impune. No es un hombre; es un apetito. Su amor, digiere mil mujeres por año. Barba Azul es la forma lasciva del feudalismo.

Piensen algunos que esa leyenda es la historia de Gille de Retz juzgado por hechicero en el siglo XV y condenado á morir entre las llamas. En la torre de Gille de Retz se hallaron las osamentas de ciento cuarenta niños que él mató para satisfacer sus concupiscencias y operar sortilegios. Sin embargo, la leyenda de Barba Azul existía ya en aquellos tiempos. Para mí, no es la historia de un personaje determinado; es la cifra y compendio del feudalismo. Es el Don Juan Salvaje, el Don Juan por derecho de conquista.

Sería curioso delinear la historia de estos grandes devoradores de mujeres, explicando las diversas figuras populares y legendarias que han tomado, según el momento histórico en que se examinen.

D. Juan—dice Saint Victor—no es un libertino vulgar. Es la aspiración encarnada, el entusiasmo hecho hombre, el enamorado errante que busca por el mundo la querida sublime de sus sueños, y que pisa con planta desdeñosa los mil y tres escalones—*mille é tre*—de una escala de mujeres, para llegar á esa forma perfecta que le abre los brazos en el fondo de las nubes. El vicio ha profanado su cuerpo; pero un deseo celeste habita en su corazón. Una fuerza fatal le impele por ese camino de atentados y de seducciones. Engaña sin mentira: abandona sin traición, sin cobardía. Los corazones que desgarran esta ave de presa del amor, le dirían de buen grado lo que dice la cabeza cortada del Klephta al águila que la devora: "come ¡oh pájaro! nútrete con mi juventud, nútrete con mi bravura, que tu ala y tu garra crecerán." D. Juan es el deseo insaciable é impaciente, que ninguna copa llena, que ningún amor satisface, que teniendo muy alto su ideal, ha menester las alas del ángel para llegar á él, y que desesperado de alcanzarle, se revuelca en el fango, con los ojos clavados en su visión inaccesible.

Lovelace desdeñaba las conquistas fáciles y solo perseguía á las mujeres inaccesibles. El amor en Lovelace no es una pasión; es el instinto de la lucha, la necesidad de vencer. Su divisa es la del romano de Virgilio: "abatir á los soberbios."—Yo amo la oposición, dice en alguna parte. *I love opposition*. La resistencia lo exalta, el obstáculo lo excita, la seducción es para él una guerra que tiene su plan y sus reglas, y cuyas maniobras deben tender á la capitulación de la mujer, como la táctica del capitán á la derrota del enemigo. Así, cuando Clarisse Harlowe se le presenta tan impregnada de virtud como él de vicio, revestida de la estricta armadura del deber, provista de las armas que dan la vigilancia y la prudencia, resuelta á morir primero que caer, ¡con qué ímpetu tan ardoroso ataca á ese adversario digno de él! ¡Qué obsesión tan tenaz! ¡Qué

máquina de ardides y de astucias! Todas las bellezas del universo alineadas á su paso, no le arrancarían ni una mirada! Clarisse es para él la mujer única, la idea fija, el único ser que puede desearse! La pone cerco, conforme á la estrategia, como si pusiera cerco á una ciudad, con minas, contraminas y circunvalaciones infinitas. Mueve él solo para conquistarla, más estratagemas, más prestigios, que el infierno mismo para conquistar á San Antonio. Por malvado que sea, un hombre tan soberbio llega á cautivar la atención y el interés de todos. Se le admira, se le teme como á un tigre real, nacido para el ardid y la destrucción. Y tanto, que no parece ridículo cuando dice que se cree igual al César, y que solo por capricho limita sus conquistas al mundo femenino.—¡Maldito sea, exclama—si soy capaz de unirme á la primera princesa de la tierra, sabiendo, ó simplemente imaginándome que vaciló un momento entre un emperador y yo!

Octavio de Parisis, el D. Juan Parisiense, carece de esta épica soberbia. No es más que un voluptuoso indolente, cuyos deseos jamás tienen los arranques del amor. Su poeta le hizo demasiado irresistible; las más grandes conquistas le cuestan apenas unas cuantas escaramuzas; no tienen más que el trabajo de dejarse querer. Los corazones caen cocidos y guisados en la alforja de este cazador de alcoba. La pasión no acompaña á su fortuna, rápida como una sonrisa. Toma á las mujeres, las pierde, las recoge, las arroja con una ligereza implacable. No son en sus manos más que unos juguetes efímeros. El remordimiento cosquillea apenas su indiferente ex-cepticismo, pero nunca lo muerde.

Octavio entierra á sus víctimas bajo la ceniza de sus tabacos, entre un suspiro y un epigrama. Arroja sus queridas pasadas al olvido, como los sultanes de la antigua Turquía arrojaban sus odaliscas al Bósforo. Estas víctimas, muertas en el campo del deshonor, le inspiran una lástima igual á la que siente el general triunfante por los soldados muertos en la lucha.

\* \* \*

¿Será Barba Azul la forma de D. Juan en la Edad Media? No hay en él amor, no hay aspiración al ideal, no hay lucha ni combate; no hay más que deseos. Como ser organizado, es inferior al conejo y al cerdo de la India. Es, sin embargo, un ser rigurosamente histórico. Barba Azul es el castellano que usa de ese derecho odioso que los franceses llaman el derecho del señor, y los españoles el derecho de pernada. En esta historia, sin embargo hay otra cosa que estudiar. El castellano no recibe ya á la plebeya para deshonrarla simplemente: la hace su esposa y la mata en seguida. La

dignidad de la mujer sube una grada más. No es una cosa; es una víctima. A medida que la dignidad de la mujer vaya creciendo, las costumbres se irán suavizando. El mundo se ha perfeccionado por el amor. Después, Barba Azul no matará ya á sus mujeres. Hércules habrá caído á los pies de Onfalia. Caperucita amarra los brazos del ogro.

Todo el horror que inspiraba el feudalismo, solloza y llora en esa historia. Para ponerla en música, se necesitaría anotar el rumor de las cadenas y el chasquido de los látigos. Gaiffer, el castellano de una leyenda que creó Victor Hugo, manda cavar un foso al pie de su castillo.—¡Quiero saber sobre qué cimientos descansa mi fortaleza! dice el castellano. Los obreros trabajan ocho días: el foso es más profundo que los de Cataluña y de Guyenna. Al cabo de ese tiempo se descubre una roca y un cadáver. En la roca está escrito este nombre: Barrabás. Y cavan todavía: transcurre otra semana y aparece un esqueleto cuya mano descarnada aprieta aun unos cuantos dracmas de oro: ¡Júdas! Y cavan más: el tiempo pasa y se descubre un cuerpo disyecto en cuyo cráneo enorme está escrito con letras de fuego este letrero: ¡Caín! Y cavan más. El hacha no encuentra piedras ya: se llena el foso de retorcidas víboras de fuego, y una voz exclama:—Gaiffer: no caves más: has llegado á la puerta del infierno!

Ese es el castillo de Barba Azul. Ese es el feudalismo.

Febrero 26 de 1882.

Lo primero que se me ocurre al presenciar en nuestras calles el desfile de los carruajes y de los ginetes en la tarde de Carnaval, es hacerme á mí mismo esta pregunta. ¿Qué, para proteger á esos cuatro barrenderos de peluquería que han escondido sus harapos de trastienda bajo los pliegues de un raído dominó; para mirar los rostros enharinados de esos mozos de café que azotan el aire con las mangan enormes de pierrot, se han apostado los gendarmes con espada en mano, se ha puesto en movimiento la ciudad y ha caído sobre el lodoso pavimento de las calles ese lujo de riego que solo se permite el Municipio en días como éste? La multitud desciende por las grandes avenidas con el rumor de la marea que sube; los caballos caracolean; los coches pasan con el sonoro ruido de los muelles nuevos; y sube confusamente á los balcones, coronados de cabezas rubias, blancas, negras y parduzcas, ese rumor de fiesta en que se mezclan relinchos de corcel, giros de ruedas, gritos de vendedores, risas de pilluelos, el estruendo creciente de los pasos y las